

Y
0041
1895

501
Y
0041

GRAN LAZARETO NACIONAL

CONFERENCIA

DICTADA POR EL REVERENDO PADRE SALESIANO

EVASIO RABAGLIATI

EN LA SESION SOLEMNE DE LA SOCIEDAD DE SAN LAZARO

DEL DIA 7 DE JULIO DE 1895



BOGOTA.—1895.
IMPRESA DE ANTONIO M. SILVESTRE
Director, Tomás Galarza.

UNIVERSIDAD EAFIT



Abierta al mundo

Biblioteca Sala Patrimonial

CONFERENCIA

DICTADA POR EL REVERENDO PADRE SALESIANO EVASIO RABAGLIATI
EN LA SESIÓN SOLEMNE DE LA SOCIEDAD DE SAN LAZARO DEL DIA 7 DE
JULIO DE 1895.

Ilustrísimo Señor, venerables sacerdotes, señoras y señores:

EXORDIO.—*Et occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt a longe et levaverunt vocem suam dicentes: Jesu praeceptor, miserere nostri.*—(Y fueron á su encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon á mucha distancia, y levantando su voz, decíanle: Jesús Maestro, ten piedad de nosotros).—LUCAS, XVII.—13, 14.

¡Cuánta ternura hay en este hecho del Santo Evangelio! Oídlo entero, este hecho tal como lo refiere San Lucas en el capítulo XVII de su Evangelio: “Mientras iba Jesucristo á Jerusalén, al acercarse á una aldea, vió que se le iban acercando diez hombres leprosos; pero no se atrevieron á llegar hasta Él, porque la ley lo prohibía; por esto, *steterunt a longe*, se detuvieron á larga distancia; y levantando su voz, decíanle: Jesús Maestro, *miserere nostri*, ten compasión de nosotros. Apenas los vió Jesús, les dijo: *Ite, ostendite vos sacerdotibus*; id, presentáos á los sacerdotes. Y sucedió que mientras se iban, se encontraron limpios y sanos. Uno de ellos, al verse limpio, volvió á Jesús, alabando al Señor con grandes voces. Y cayó á sus pies con el rostro pegado á la tierra, lleno de gratitud; éste era un Samaritano. Díjole Jesús: ¿por ventura no fueron diez los que quedaron limpios? y los otros nueve, ¿en dónde están? No se halló quien volviese para dar gracias á Dios, sino este extranjero. Y añadió: levántate, hijo, véte: tu fe te ha salvado.”

Lo primero que se me ocurre haceros notar sobre este hecho, es la grande y exquisita bondad de Jesús para con aquellos pobres é infelices leprosos. Vedlo. Apenas Jesús oye la súplica de aquellos hombres, sin hacer la menor dificultad, les concede bondadosamente mucho más de lo que ellos le pedían. No permite siquiera que ellos reiteren su plegaria; no les impone ningún sacrificio como prenda de la gracia que solicitan, y que Él quiere otorgarles; ni siquiera quiere probar su fe, antes de obrar el prodigio, como acostumbraba hacerlo en casos parecidos nada. Apenas acaban de hacerle su petición, al instante la gracia es concedida: sí, hijos, os concedo lo que pedís: id pronto, id luego, mostráos á los sacerdotes, como la ley lo ordena, y quedaréis sanos. Con la Cananea, con aquella mujer que padecía flujo de sangre; con el Centurión y muchos otros, Jesús era algo exigente, antes de prestarse á hacer el milagro que le pedían; cuando menos, quería encontrar fe en ellos; con los leprosos, ninguna pregunta, ninguna condición, ninguna demora id, presentáos á los sacerdotes: su obediencia pronto les valió á todos una curación completa. Cosa idéntica pasó en otra ocasión parecida: entonces se trataba de un solo leproso. Más atrevido, ó más confiado que los diez leprosos, éste llega hasta los pies de Jesús para adorarle; y suplicaba: *Domine, si vis potes me mundare*; Señor, si tú lo quieres, me puedes curar. Oíd la contestación de Jesús: *Volo, lo quiero*; y en el mismo instante se encontró sano, *et confestim mundata est lepra eius*.

En estos dos hechos del Santo Evangelio, ¿qué véis vosotros, hermanos míos? Lo que veo yo: una grande y exquisita bondad por parte de Jesús. No hay duda: Jesús siempre se mostró bueno y generoso con los enfermos que recurrían á Él, para solicitar su bendición y el remedio de sus dolencias; pero con los leprosos fué excepcionalmente bueno y generoso. ¿A qué debe atribuírse esta conducta especial de Jesucristo? Primero, á su infinita bondad y misericordia; en segundo lugar, y

ésta es suposición mía, á lo horrible del mal que aqueja-
ba á aquellos desgraciados leprosos.

Hermanos míos: no muy lejos de aquí levantan su voz, no uno, ni diez leprosos; son muchos más. En “Agua de Dios” son ochocientos cincuenta; en “Contratación” (Santander), no hace muchos meses dejé se-
tecientos y más; y todos ellos levantan su voz, para que vosotros la oigáis. ¿Y qué dicen? ¿Cuál es su súplica? La misma del Evangelio: *Miserere nostri*, tened compasión de nosotros. ¡Oh! Si por un momento siquiera vosotros pudiéseris ser lo que era Jesús, omnipotentes como Él, yo lo creo, á costa de los mayores sacrificios, vosotros volaríais á aquellas dos ciudades del dolor, para renovar el milagro de la Judea. Ni uno solo de aquellos pobres infelices quedaría con sus dolores, con sus aflicciones. Sí, sí, levantaos, diríais todos, pronto, levantaos; id á vuestros hogares, al seno de vuestras familias, id pronto . . . y experimentaríais en vuestra alma la grande satisfacción que se siente después de haber hecho una obra excelente. Desgraciadamente ni vosotros, ni yo, ni nadie, podremos llevar á cabo esta obra eminentemente benéfica y social. ¿Qué hacer entonces? ¿Permanecer indiferentes, impassibles, á los clamores de tantos hermanos nuestros, que sufren, que lloran, que suplican? Crueldad sería hacerlo así; tanto más que no se trata de seres extraños para vosotros; son hermanos vuestros, lo sé; los hay allá que están ligados á vosotros con el vínculo de la sangre, de la parentela ó de la amistad; son todos colombianos, con poquísimas excepciones. Ellos son los que me envían á vosotros para perorar por su causa. “Por amor de Dios, escribíame uno de ellos en días pasados, desde ‘Agua de Dios;’ por amor del cielo, acepte la conferencia de la Sociedad de San Lázaro, y trate de ser elocuente al perorar y defender nuestra causa.” Y yo lo haré con toda mi alma. ¿Por ventura puede negarse algo á aquellos desgraciadísimos hermanos vuestros y míos? Que Dios bendiga mis palabras y que sean copiosos los frutos de esta conferencia.

No emplearé mucho tiempo para demostraros y convenceros que la lepra existe en Colombia; basta tener dos ojos en la frente para verlo, y el hecho es demasiado público para que no tengáis todos conocimiento de él. No es necesario tampoco emprender viaje hasta el Lazareto de "Agua de Dios," para daros cuenta exacta que la lepra existe de veras entre vosotros, y que existe en grande. Aquí en la capital ¡cuántos hay! No los véis, porque ellos prudentemente viven casi siempre ocultos. ¡Los pobres! conocen su estado lastimoso, y no quieren desagradaros con su presencia; pero que aquí en Bogotá hay enfermos de lepra, y muchos, es una verdad incontrastable. Y lo que pasa aquí en la capital, pasa igualmente en las diversas ciudades de la República; en diferentes proporciones, eso sí, pero en ninguna de ellas faltan ya. He encontrado á muchos, muchísimos, en todos los pueblos de Santander; no escasean en los pueblos de Boyacá; tengo datos seguros para asegurar que los hay en Antioquia, en el Cauca, en donde ya tuvo que establecerse un Lazareto; en la Costa no abundan, pero no faltan; ¿de manera que tenemos ya el lázaro en todas partes? Sí, señores; y á costa de asustaros diré una palabra más. No solamente tenemos ya el mal en todas partes, sino que lo veremos en una proporción alarmantísima. Hasta hoy, por los datos recogidos privadamente, yo creía que los enfermos de lepra en Colombia no pasaban de 15 á 16,000; y conozco que me he equivocado. Antes de subir á este púlpito, me lo aseguraba uno de nuestros médicos, el señor doctor Carlos Putnam, miembro de la Academia de Medicina de Bogotá; y él, después de haber pedido á todos los Departamentos el número preciso de enfermos, obtuvo este resultado: que los enfermos de lepra en toda la República de Colombia, hasta el 6 de Julio del año de 1895 es de 27,250! ¿Hay equivocación en este cálculo? ¿Quién sabe! Por parte mía quiero admitir una exageración, quiero suponer un error en esa cifra, quiero creer que no llegan á 20,000; menos todavía; que no pasan de 15,000; ¿pensáis vosotros que

una rebaja de unos cuantos miles á la cifra oficial, es argumento para tranquilizaros? Aun así, ¿ creéis que no sería muy grave el mal, y que deberían ser muy serias y fuertes las consecuencias para el porvenir?

Que yo sepa, el célebre Padre Damián, durante los catorce años que pasó en la isla de Hawaii, dirigiendo aquel Lazareto, no tuvo nunca en él más de 500 enfermos; y notad que allá eran llevados forzosamente todos los lazarinos de las numerosas colonias que Inglaterra tiene en el mundo.

Presentemente en las Indias Orientales, en Mangalore, no pasan de 100 los leprosos reunidos en el Lazareto de San José á cargo de los Reverendos Padres Jesuitas; y según una correspondencia muy reciente del Muy Reverendo Padre Müller, Director de aquel Lazareto, no pasan de 600 todos los enfermos de aquellas comarcas. El Reverendo Padre Miguel Unia, en su viaje á Europa el año pasado, tuvo ocasión de visitar el Lazareto de La Habana, y no encontró más que unas pocas docenas de enfermos, notando que es rigurosamente obligatorio el Lazareto para esa clase de enfermos.

Recuerdo haber leído hace poco tiempo, que en Nueva Orleans se fundó un Lazareto para enfermos de lepra, y que no llegaban á 20 los atacados por el mal. En Europa tan sólo en Suecia y en Noruega se conoce esa enfermedad, pero en proporciones mínimas. En las demás naciones de Europa yo creo que es absolutamente desconocida esta enfermedad, lo mismo en todas las Repúblicas de Sud-américa, si se exceptúan las dos vecinas, Ecuador y Venezuela.

Durante quince años que pasé en la Argentina, en el Uruguay y en Chile, no encontré á uno solo de estos enfermos. De manera que si alguien tuviera el tiempo y la paciencia para reunir datos precisos sobre este tema—*la lepra en el mundo*—el resultado sería que la República de Colombia, ella sola, tiene quizás más enfermos de lepra, en sus diferentes manifestaciones, que todas las demás naciones del universo. De veras que es éste un cálculo que asusta y espanta.

¿ Y las causas ? Cuestión delicada es ésta, que yo no quisiera tocar siquiera, por los peligros que ofrece este examen ; pero la necesidad lo requiere. Aquí se dice y se cree generalmente que la causa principal del mal está en el clima, en las transiciones bruscas y violentas de la temperatura. Puede que todo esto en algo influya para provocar el mal, ó para desarrollarlo, pero casi ciertamente no es ésa la causa principal ; otras debe haber sin duda alguna. Interroguemos á los hombres de ciencia, á los médicos ; y ellos unánimemente, sin discrepancia ninguna, nos dirán que las causas principalísimas de esta enfermedad son : la herencia y el contagio. Sobre la herencia, no hay la menor duda ; los mismos lazarinos lo reconocen y lo confiesan : ó son los hijos ó son los nietos que heredan el mal, pero el germen queda. ¿ Y quién podrá decir las proporciones exactas que debe tomar el mal por esta causa ? Respecto al contagio, yo no daré mi opinión, no soy juez competente. Los lazarinos dicen todos que no, que la enfermedad no es contagiosa ; casi todos los médicos dicen que sí, que es contagioso el mal ; y he dicho casi todos, porque en el Congreso médico tenido en Bogotá hace cosa de unos dos años, sobre cien médicos llamados á dar su opinión sobre la materia, dos apenas dijeron que nó : todos los demás contestaron afirmativamente. ¿ Quiénes se equivocaron ? ¿ Los dos ? ¿ Los noventa y ocho ? Mas para dar una opinión mía cualquiera, yo creo que hay climas que son refractarios al mal, y que los hay que son favorables ; en el primer caso no habrá contagio, ó lo será muy lento ; en el segundo caso, lo habrá y se manifestará muy pronto y será muy activo.

Como quiera que sea, el Padre Damián entró bueno y sano en el Lazareto de Hawaii ; que se sepa, ningún miembro de su familia fué enfermo de lepra ; siguió bueno y sano durante diez ó doce años ; por fin cayó enfermo. ¿ Fué por falta de precauciones ? ¿ Fué que cometió alguna imprudencia ? ¿ Fué predisposición ó contagio ? Sobre esto, no hubo siquiera dos opiniones dis-

tintas; la opinión popular fué en un todo de acuerdo con la opinión científica, y ambas convinieron en asegurar que el Padre Damián había muerto víctima de su heroísmo, contagiado por el mal. Respecto á Colombia, ya sea por la herencia, ya sea por el contagio ú otras causas desconocidas aún, el hecho es que el mal existe, y es grande y es aterrador; principalmente si se consideran las consecuencias desastrosas y funestísimas que van á seguir, si no se piensa con seriedad en un pronto y eficaz remedio. Un hecho es evidentísimo, y es que el mal crece cada año más. En el año de 1888, según la estadística de los lazarinis existentes en el Departamento de Santander, estadística formada concienzudamente por uno de los más ilustrados médicos de aquel Departamento, el número de enfermos en aquel año no llegaba á 1,500; en Octubre del año próximo pasado yo encontré ó creí encontrar de 5 á 6,000; supe después por personas de autoridad competente, que me había equivocado en grande; pues allá en aquel Departamento los lazarinis no son menos de 10,000. Otro hecho es evidente, y es obvio: hace muy pocos años esa enfermedad era totalmente desconocida en Antioquia; ahora lo es; en el Cauca pasaba la misma cosa; y no debe ser muy pequeño el número de los tales enfermos si se tiene presente que las autoridades de aquel Departamento han decidido la formación de un Lazareto exclusivamente para su uso.

Las matemáticas, señores, tienen sus teoremas que son infalibles: dos y dos hacen cuatro; cuatro y cuatro dan ocho; ocho y ocho dan diez y seis: hagamos la aplicación. Si treinta años hace, no había en Colombia más que unos centenares de enfermos de lepra, y ahora son veintisiete mil doscientos cincuenta; ¿cuántos habrá dentro de diez años, dentro de veinte, cincuenta, si no se ataja el mal, y se le deja seguir el curso ruinoso que ya tiene? Al torrente que amenaza salir de madre y desbordar, se le ponen fuertes diques para detenerlo en su lecho; si se tarda, ó si hay descuido, llevará la des-

trucción y la muerte por doquiera que pase. ¿Y no os parece tiempo yá de ponerle fortísimo dique á ese océano de males que lleva consigo esa terrible enfermedad? Hoy por hoy hay esperanza todavía de conseguirlo con el concurso de todas las voluntades; pero, ¿la creéis posible dentro de algunos años, cuando el mal haya tomado todas las proporciones que haya querido? ¿No serán entonces estériles todos los esfuerzos que se hagan para llegar á un éxito satisfactorio? ¿Quién sabe!

Y, ¿qué es un lazarinero? ¿Qué concepto tenéis vosotros formado de ese hombre herido por esa cruel enfermedad? ¿Qué es lo que sufre, lo que padece en el cuerpo, en el alma, ese infeliz leproso? Es imposible averiguarlo debidamente, y no es tampoco el caso que yo me ponga á analizar uno por uno todos esos males; el argumento se haría demasiado vasto; me llevaría muy lejos y me haría interminable.

La vista se debilita á medida que el mal crece; los rayos del sol les molestan; la luz artificial los mortifica; en muchos de ellos la ceguera es casi total. El tacto se hace casi insensible; el oír es lento é indeciso; todo el cuerpo llega á convertirse en una sola llaga; en algunos no es así, y cualquiera diría que hay ficción en ellos; pero menos aparentemente no hay rastro ninguno del mal; es que está dentro, es invisible; pero es real, y no hace sufrir menos. Y cuando el mal ataca con fuerza, como sucede á veces, los efectos son más sensibles y más desastrosos; entonces se les van cayendo las extremidades; veílos allí metidos en un lecho, ó recostados sobre un cuero cuando no sobre el puro suelo, sin manos, sin pies, como troncos, cuya vista arranca las lágrimas hasta al más valiente. ¿Y si á todo esto se agrega la falta del pan necesario para la vida? ¿Qué sucede entonces? y el hambre no es desconocida allá en aquellos lazaretos. ¿Es exageración? ¿Es calumnia? Ni una cosa ni otra, hermanos míos. Y si no, juzgadlo vosotros. En tiempos normales la ración para cada enfermo es de tres reales diarios en "Agua de Dios;"

en la Contratación es tan sólo de dos reales y cuartillo. ¿Puede una persona, formada yá, proveerse de todo lo necesario para la vida con esa miseria? Y tratándose de persona enferma, ¿no serán mayores sus necesidades? ¿Y si aquella persona enferma, por su estado de salud se halla en el caso de tener que pagar una persona de servicio que la cuide? Todavía más: ¿y cuando en un hogar hay hijos sanos que no tienen derecho á la ración? ¿y si los hijos sanos son varios, como sucede alguna vez? Decídmelo: ¿cómo podrá un padre, una madre, pensar en todo, proveerlo todo en la alimentación, en el vestido, con tres reales en una parte, con dos y cuartillo en la otra?

Así son las cosas en tiempos normales; pero, ¿y si llega alguna crisis imprevista, como últimamente por causa de la revolución? ¿Y si los tres reales se convierten en uno y cuartillo, como ha sucedido en "Água de Dios" durante cuatro meses? ¿No es ésa una verdadera ración de hambre? Concedo que no es así para todos; pues los hay allí que tienen sus pequeños recursos, obtenidos con el trabajo personal ó recibidos de sus casas; pero y para la mayor parte, que son pobres y que viven con la mera ración que de aquí se les envía, ¿os parece que la vida así sea posible y que yo haya exagerado cuando me he atrevido á hablar de ayunos y de hambre? Benéfica asociación de San Lázaro, Dios te bendiga, y te bendiga la sociedad, como te bendicen de lo más íntimo de su alma aquellos infelices lazarinos á quienes con tanta generosidad socorriste siempre, en particular en estos últimos tiempos tan calamitosos. Ni siquiera te das cuenta del gran bien que estás haciendo; mas óyelo, para tu satisfacción y consuelo, y para que perseveres en la grandiosa obra iniciada: muchas lágrimas has enjugado durante los cuatro años de tu existencia; mucho bálsamo has vertido sobre aquellos corazones destrozados por la pena; muchas y muy profundas heridas has cicatrizado y muchos dolores has aliviado; la sociedad te aplaude y Dios te sonríe y te bendice desde el

Cielo. Persevéra con constancia y con amor en esa obra de humanidad y de religión. El Señor, que ha prometido pagar con el cielo el vaso de agua dado al pobre en su nombre, ¿qué galardón reservará para ti, que á imitación del Samaritano del Evangelio, te consagras y te sacrificas para curar los miembros más doloridos de Jesucristo? En cuanto á los dolores morales, ¿qué os diré? Muchos son y muy graves; me limitaré á uno sólo: al aislamiento en que se hallan, en aquella separación absoluta de todos los seres queridos que tienen sobre la tierra; y esto es lo que pasa allá; es un verdadero ostracismo. Aquél es un padre que desde muchos años no ve á ninguno de sus hijos; aquélla es una madre que hace años fué arrancada violentamente á los brazos de los suyos; ¡ah! tener hijos y no poder gozar de su presencia, de su amable compañía, no poder disfrutar de sus caricias! Tener hijos, saber quizás que son pequeños, saber que sufren, que lloran, que van por los senderos ruinosos del vicio y del crimen; y no poderlos amparar, no poderlos consolar, no poderlos siquiera sostener para impedir su ruina espiritual . . . ¡oh! ¡qué pena horrible para el corazón tierno de una madre! Aquí es un niño, aquélla una niña de pocos años . . . ¡oh! la vista de los niños en aquel país del dolor, ¡sí que desgarran el corazón! y allá los hay los pobrecitos sin padre, sin madre, sin caricias, sin consuelos, sin amor . . . ¡tenoso y terrible destierro para el hombre que comienza á vivir! Tener un padre, una madre; tener hermanos y amigos, y no poderlos abrazar ni acariciar, ni siquiera ver . . . ¿y conocéis vosotros alguna pena semejante á esta pena? Hé aquí lo que forma un verdadero martirio para el corazón de todos aquellos pobres leprosos: tener que vivir lejos de los suyos, sin esperanza ninguna de volver á reunirse á ellos; ¡y pasar toda entera una vida así! . . . Todo lo demás lo pueden soportar con más ó menos resignación; hay conformidad con los dolores físicos; la tienen en sobrellevar las necesidades, las escaseces, hasta el hambre . . . pero

el destierro durante toda la vida; sin sociedad, sin familia, sin sonrisas; hé aquí lo que para mí forma todo un mar de angustias para aquellos pobres enfermos.

Mas, ¿qué hacer entonces? ¿Tiene remedio el mal? En parte sí; en parte nó. Lo primero que hay que hacer es trabajar de consuno, autoridades y particulares, para detener el torrente asolador que amenaza seriamente invadirlo todo. Hay que destruir la causa del mal si no se quieren experimentar los efectos que ha tenido hasta hoy; hay que secar la fuente envenenada allá en donde brota, si no se quiere que las aguas mortíferas sigan brotando y llevando la muerte á todas partes. La verdadera medida salvadora es el aislamiento; pero aislamiento verdadero, absoluto, y sin excepción de ninguna clase. Desde el tiempo de Moisés hasta Jesucristo, según lo habéis oído en el hecho del Evangelio que os he referido, desde Jesucristo hasta la Edad Media, hasta nuestros tiempos, siempre que se trató de la lepra, lo primero que se ha hecho es aislar á los enfermos. Alguna severidad hay en esto, no hay duda; pero es una medida necesaria. Ardua y difícil es la solución del problema aquí en Colombia por el número tan crecido de enfermos, pero es posible todavía. Más tarde, dentro de algunos años, la cuestión será mucho más seria, y el problema se presentará mucho más difícil. A este punto, permitidme hablar con entera franqueza. El público en general cree que el aislamiento de que acabo de hablar, existe ya, puesto que tenemos un gran Lazareto á pocas leguas de la capital, en "Agua de Dios," y otro Lazareto en Santander. Es verdad; pero de Lazareto, tanto el uno como el otro, no tienen más que el nombre; y sin exageración ninguna se podría escribir sobre la puerta de entrada de ambos Lazaretos: *Fábrica de lazarinós.*

¿Cómo así?

Desde luego os diré que en ambas partes son muchos más los sanos que los enfermos; dos sanos y un enfermo, hé ahí en qué proporción es aquella población de los Lazaretos. Pero, ¿y qué hacen los sanos allá? Los

unos, los menos quizás, están consagrados á la asistencia de sus enfermos; es la hija sana, que asiste y acompaña á su madre enferma, ó viceversa; es un hermano, un pariente que no quieren abandonar al hermano, al pariente enfermo; sobre esto nada hay que observar; es obra excelente de caridad, muy digna de elogio la que están haciendo aquellas personas sanas; Dios no dejará sin recompensa aquella obra de misericordia. Pero en cambio hay otros sanos, los más, probablemente, que están allá porque sí. Los unos lo hacen con el objeto de negociar; los otros con el fin perverso de explotar á los pobres enfermos. Sobre esto, en el Lazareto de Contratación me han referido hechos verdaderamente escandalosos. Además, en ambos Lazaretos entra quien quiere, y permaneces todo el tiempo que quiere, puede uno fijar su residencia, si es que se le antoja hacerlo, sin que nadie tenga derecho de estorbárselo.

En "Agua de Dios" el mercado es concurrencidísimo, quizás el más concurrido de todas las comarcas vecinas; en la Contratación, poco más ó menos sucede lo mismo. ¿Y qué mal hay en eso? ¿Qué mal hay en eso, decís? ¿Y me lo preguntáis en serio? Oídme: el viernes es el día de la semana señalado para la distribución de la ración á los enfermos. Varias veces he asistido personalmente á esa operación; ¿qué he visto? Son más de dos mil pesos, generalmente en papelitos y níqueles, que semanalmente salen de la caja del Lazareto, y pasan á las manos de más de ochocientos enfermos. Llega el sábado con su mercado; y los dos mil pesos, manoseados por los enfermos, pasan, casi íntegros, á las manos y á los bolsillos de los vendedores, que á su vez los llevan á todas partes. No llegarán hasta aquí á Bogotá? ¿Llegarán solos? ¿No es muy probable que lleguen en buena compañía de microbios? ¿No os parece este un medio activísimo de contagio?

En la iglesia los sanos están revueltos con los enfermos, y absorben, quieran que no, aquella atmósfera viciada, que siempre producen las grandes aglomeraciones

de gente, en un espacio relativamente muy estrecho, en un clima en que el calor es como de fuego.

Las personas de servicio, generalmente son personas sanas, que deben vivir en contacto íntimo con los enfermos, comer á una misma mesa; quizás en un mismo plato; dormir bajo un mismo techo; usar la misma ropa.

En materia de casamientos, la cosa es realmente grave. Nadie puede desaprobár que los enfermos se casen entre ellos. En su estado de desamparo y de sufrimientos, el matrimonio es una necesidad mucho más imperiosa para ellos que para los sanos. Está bien; ninguna ley ni divina, ni eclesiástica, ni civil, se lo puede impedir; pero, ¿no es una verdadera anomalía el casamiento entre un enfermo y una sana? ¿No hay algo en eso que chocaba, que repugna y que indigna? Y no sirve el consejo prudente, la amonestación caritativa y la corrección severa de las personas prudentes; no quieren persuadirse que eso de echar al mundo criaturas que cuando menos es probable resulten enfermas, es una verdadera barbaridad; cada uno se disculpa al uno, diciendo que necesita una mujer sana que le asista y atienda; y se excusa la otra, diciendo y hasta porfiando que quiere hacer una obra de misericordia, acompañando y asistiendo á un enfermo y no hay elocuencia humana capaz de llevar á aquellas dos cabezas la persuasión de que lo que van á hacer es simplemente una barbaridad; y el sacerdote debe levantar la mano sobre ellos y bendecirlos: bendígaos el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; y os conceda la gracia de ver á los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generación!

¡Pobre sacerdote! tener que repetir sobre aquellos seres, delante del altar, las palabras de la Escritura: *Creciti et multiplicamini, et replete omnem terram!*

Y ahora, si lo queréis, dadme vuestra opinión franca: ¿son ó no son sitios peligrosísimos aquellos Lazaretos, en el estado en que se hallan presentemente? Mucho más, cuando sepáis que de allá los enfermos pueden sa-

lir é irse á otras partes, y meterse en los pueblos con suma facilidad. Cualquier pretexto sirve; si no lo hay, se puede inventar; y esos permisos, no es el Presidente de la República quien los debe dar; ni siquiera el Alcalde de Tocaima, que es el pueblo más cercano al Lazareto; nó; para esto basta el señor Administrador ó una persona delegada para el efecto. Está bien; ¿pero y si hay debilidad ó demasiada bondad en aquellos funcionarios? ¿Y si los permisos se hacen frecuentes? ¿Si se burla la vigilancia de los superiores? ¿No habrá nunca algún interés de que se retiren los enfermos, en particular ciertos enfermos, para que de este modo disminuyendo las raciones crezca el fondo de caja para uso y consumo del Lazareto? ¿Quién sabe! Además hay casos en que la fuga de los enfermos es una conveniencia y una necesidad. Durante la última revolución, todos los enfermos de la "Contratación" se fugaron y se regaron en los pueblos limítrofes; pocos solamente salieron de "Agua de Dios." ¿Y quién podía impedirlo? Pero son éstos casos excepcionales; hablemos de lo que pasa en épocas normales. A mi llegada al Lazareto de Santander recibí una esquila firmada por varios lazarinos que estaban en la cárcel; suplicaban intercediese por ellos con la autoridad á fin de obtenerles el permiso de poder tomar parte en la misión que iba á tener lugar. Accedí gustoso á una petición tan razonable, y vine entonces á saber que el único motivo por el cual estaban presos era porque en días pasados se habían fugado. Durante mi permanencia fui consultado por el señor Administrador sobre la materia. Qué hago, Padre, en estos casos sucede con alguna frecuencia que llegan aquí enfermos enviados por las autoridades del Socorro, de San Gil ó de Bucaramanga etc., con orden expresa de retenerlos aquí; pero toda vigilancia es inútil; el día menos pensado huyen y como no tengo empleados para hacerlos perseguir, el mal no tiene remedio. ¿Qué haré en el porvenir en casos parecidos? Dejar que se vayan, le contesté yo; cerrar los ojos, hacerse el desentendido y

dejar que vayan á donde á bien tengan ; en circunstancias iguales, yo haría lo mismo, y sería el primero en fugarme. ¿ Y cómo puede vivir aquí un enfermo, añadía yo, sobre este páramo, en estas alturas frías y heladas, con dos reales y cuartillo por día ? ¿ y tener que pensar en vestirse, alojarse, alimentarse ? Trabajar, ellos no pueden, aunque lo quieran, porque el terreno no se presta para el cultivo ; ¿ y cómo puede uno resignarse á estarse aquí toda la vida ? Y hay otra razón poderosísima en favor de estos infelices, agregaba yo ; ¿ con qué derecho se obligan á los pobres á venir aquí, y se dejan tranquilamente en sus casas á los más ricos ó menos pobres ? ¿ No son todos igualmente enfermos ? Supuesto el contagio de la enfermedad, ¿ no son todos igualmente peligrosos ? ¿ Qué digo ! ¿ igualmente peligrosos ! lo son mucho más los ricos que los pobres. Veamos ; ¿ cómo vive el lazareto pobre y por lo regular sin perjuicio de nadie ; pasa la noche en cualquier ranchito, en la campaña casi siempre. Por la mañana, si el hambre lo obliga, sale de su escondrijo y se sienta en la encrucijada de un camino ó á la entrada de un pueblo para pedir á los transeuntes una limosna por el amor de Dios. ¿ Quién se la puede negar ? Y bien ; por poco que recojan, de seguro es algo más de lo que se les da aquí ; y es libre, y vive en donde mejor le convenga, sin casi molestar á nadie ; los pobres no tienen plata que gastar ; ningún trato tienen con la gente sana ; ningún peligro ofrecen para la sociedad. Pero y con los ricos, ¿ qué es lo que sucede ? Precisamente todo lo contrario ; ellos tienen trato con la sociedad ; hacen visitas, cuando menos de noche ; las reciben toda vez que la ocasión se ofrece ; hasta tienen reuniones, y gastan, y se divierten y bailan Una de dos : ¿ es ó no es contagiosa la lepra ? ¿ No lo es ? Entonces se comete una enorme injusticia obligando á estos pocos centenares á vivir aquí, sin familia, sin libertad, con una ración mezquinísima, verdadera ración de hambre. ¿ Pero es contagioso el mal ? Entonces deben recogerse todos, sin distinción de pobres ni de ricos. ¿ Por qué se-

tecientos cincuenta aquí, porque son pobres, y siete mil quizás, muchos de ellos ricos, en sus pueblos, en sus haciendas, en sus casas? Si hay contagio, está en la casa de los ricos y no en la de los pobres, muchos de los cuales ni siquiera tienen casa. Luego, igualdad para todos: ó todos en libertad ó aislamiento absoluto, con ninguna excepción. Yo no sé si sea posible objetar estas conclusiones, mucho menos destruirlas; y para mí tengo que en Colombia no hay verdaderos Lazaretos, dígame lo que se quiera, hay dos puntos que se llaman así, pero por pura fórmula, por costumbre; de hecho, no los hay. Y sin embargo, para sostener esos dos Lazaretos, el de Cundinamarca y el de Santander, los gobiernos y la beneficencia gastan anualmente en pagar empleados, en raciones á los enfermos, en la conservación de los edificios, más de cuatrocientos mil pesos de ley. Hulo año en que el gasto ha llegado al medio millón. ¿Es mucha ó poca esa cantidad? No me toca á mí el averiguarlo; lo que sí sé decir, es que es suma fabulosamente grande, si se atiende á los resultados; y los resultados, dígame lo que se quiera, son nulos absolutamente.

Abolida, pues, de los Lazaretos, conclusis vosotros, abolición pronta, total; y, ¿por qué habrá Lazaretos todavía si cuestan tan caro al Erario público, á la beneficencia, al público en general, si con todo no se obtienen sino resultados contraproducentes ó nulos? ¿Es aceptable vuestra conclusión? De ninguna manera. Que haya Lazaretos, concluyo yo, pero que sean verdaderos Lazaretos, preparados *ex-profeso* con todos los adelantos que la higiene y la ciencia sugieren; con todas las comodidades que los enfermos necesitan. Y mejor todavía; fúndese un solo Lazareto para toda la República, en un punto aparente y favorable; procúrese que nada le falte de lo absolutamente necesario; que sea bien atendido... ahí está, para mí, la única solución del difícilísimo problema. Dispendioso va á ser el proyecto, me observaréis; sí lo es, y muy dispendioso, pero es el único que puede llevar un remedio eficaz al mal que todos lamen-

tamos. Es proyecto largo y de difícil ejecución tampoco lo quiero negar: se necesitarán muchos años para dar cima á este proyecto: se hará necesaria mucha energía de voluntad y de constancia por parte de los gobiernos; mucha caridad y generosidad por parte de los particulares. Habrá que disipar muchas preocupaciones, vencer muchas resistencias, superar grandes obstáculos; será necesario el concurso pecuniario de toda la Nación, de los ricos, lo mismo que de los pobres; ¿y con eso? ¿Deberá por esto desistirse de afrontar un problema, tan sólo porque se presentan muchas dificultades, si hay necesidad urgente é imperiosa de resolverlo? Disimular el mal no es remediarlo; y el mal existe, es mal grave y muy grave; ¿qué hacer? Yo tengo confianza en la eficacia del remedio que propongo, si tiene pronta aplicación;—más tarde—quien sabe lo que pasará más tarde; y si ahora no se acomete la empresa por que es ardua y de difícil realización; ¿será probable que se inicie mañana, cuando las dificultades habrán aumentado, y el remedio será mucho más difícil en su aplicación? Yo creo que lo debéis hacer en primer lugar, por caridad y por humanidad; en segundo lugar, lo debéis hacer por patriotismo y por interés; y si me permitís añadir una palabra más, sin que os ofendáis por lo que os voy á decir: lo debéis hacer por amor propio, por orgullo nacional, para que no os critiquen las naciones que saben lo que aquí pasa; y vosotros comprenderéis fácilmente que para una Nación que cuenta cuatro millones de habitantes el tener veintisiete mil doscientos cincuenta enfermos de lázaro y estarse con los brazos cruzados, casi sin hacer nada, contentándose con lamentar el mal, este es un hecho que se presta á muchas y á muy poco favorables interpretaciones; no quiero negar con esto los esfuerzos que el Gobierno en sus Congresos, y los médicos en sus reuniones, principalmente en el último Congreso, han hecho en todo tiempo, para arbitrar alguna resolución decisiva sobre este punto; desgraciadamente todo se pasó en discusiones, sin llegar jamás al acto práctico, que es lo que más se necesita.

Sea: reconocemos la necesidad de un grande y único Lazareto; ¿pero en dónde? Sobre este punto diré dos palabras solamente. Por de pronto, hay que tener por un imposible, el hallar en un punto central de la República, una región en tales condiciones que se preste para la fundación del gran Lazareto que se proyecta. Inútil es pensar en serio en ensanchar ninguno de los dos existentes; solamente la expropiación de los terrenos colindantes costaría un dineral, y habría siempre una oposición fortísima en los pueblos y hacendados vecinos; sin contar que ni en "Agua de Dios," ni en la "Contratación," habría el suficiente aislamiento que se necesita; ambos puntos son demasiado centrales. El proyecto de la isla de Coiba, ha fracasado por completo por muchas razones; la más poderosa para mí era la resistencia absoluta por parte de los enfermos. Me lo dijeron y repitieron en varias ocasiones: nos lanzaremos á los bosques, Padre, nos ocultaremos en las cuevas de las montañas, preferimos morirnos de hambre aquí; pero á la isla no iremos. ¿Entonces? He consultado á personas respetables sobre la materia, y ellas me han indicado los Llanos de Casanare ó de San-Martín. Se ha desechado luego la idea de hacer la fundación en Casanare, por ser región muy poco aparente para esto; en primer lugar, por ser ya muy poblados aquellos Llanos; y en segundo lugar, por ser muy frecuente el desborde de los ríos y las inundaciones durante muchos meses del año. En San-Martín las cosas son distintas: los ríos no son tan numerosos ni tan correntosos; se pudo encontrar, en condiciones excepcionalmente buenas, una gran sabana, rodeada por el Meta y el Nare, formando los dos ríos una hermosísima península de varias leguas de extensión; la elevación del punto escogido hace imposible las inundaciones, por muy lluvioso que sea el invierno, y tiene muchas ventajas que no es del caso enumerar aquí. En cuanto á población, bien puede asegurarse que no la hay; es el puro desierto.

En diferentes diarios de la capital se ha publicado en

estos días un extenso y bien elaborado informe sobre este proyecto, cuya lectura puede que os convenza y os agrade. Y para mí tengo que el proyecto es muy posible: por el terreno, que es fertilísimo; por el clima, que es favorabilísimo; por el punto admirablemente escogido, y por muchas otras ventajas, enumeradas en el mismo informe de la Comisión exploradora.

Está bien; pero . . . ¿y cuándo? Cuanto más antes, tanto mejor. *Quod vir facere, fac cito*, dice un refrán latino; lo que quieres hacer, hazlo pronto; y permitiéndome una pequeña modificación en el refrán, lo compongo así: *quod DEBES facere, fac cito*; lo que debes hacer, hazlo pronto, principalmente si es cosa buena, necesaria y urgente. Sí; hay que hacerlo pronto; ¿y por qué no *luégo*? ¿Qué dificultades se presentan hoy, que no se presentarán mañana? Si hoy la realización del proyecto presenta dificultades, y graves, no habrán desaparecido mañana; mucho menos dentro algunos años; por lo contrario, esas dificultades habrán crecido y se habrán multiplicado.

He consultado á ambas autoridades, en la eclesiástica y civil, y ambas aprueban y elaboran el proyecto. Además, he consultado á personas amigas y de confianza, y ellas también han aprobado el proyecto con las palabras y con los hechos, queriendo para sí el placer y la gloria de ser los primeros en ofrecer su apoyo pecuniario. Más tarde . . . quién sabe cuántas dificultades se presentarán para más tarde. Al presente hay buenas y excelentes disposiciones en las autoridades; hay entusiasmo en el público; confío habrá generosidad en todos los colombianos; espero no habrá mucha resistencia por parte de los que están directamente interesados en el proyecto, es decir, los pobres lazarinos. Ellos habrán de persuadirse fácilmente que en todo lo que se va á hacer, será para su propio interés, para su bienestar espiritual y temporal; muchísimas ventajas que no tienen ahora ni en sus casas, ni en los Lazaretos existentes, las tendrán entonces. Sobre esto deben estar seguros los enfermos;

no se les quiere hacer un mal, sino que hay decidido interés en hacerles á todos un gran bien; al mismo tiempo que se hará otro bien grande á toda la Nación. Puede que haya quien atribuya á este proyecto segundos fines, y quizás intenciones malévolas ó dañadas; Dios le perdone el juicio temerario, ó el daño que intente hacer. Por mi parte, no he hecho otra cosa sino seguir los impulsos de mi corazón, y buscar el bien de todos aquellos hermanos míos, los pobres leprosos.

Bien: también convenimos con usted sobre este punto; pero... y ¿cómo? Hé aquí por de pronto lo que se ha resuelto: el Gobierno cede la zona de terreno baldío que se juzgue necesaria, en el punto más á propósito para el objeto; cuanto antes procurará de extender la línea telegráfica hasta el punto en que se designe por personas competentes á disposición de la Comisión que dirija y vigile los trabajos que se emprendan. En el próximo Congreso, dentro un año, se dictarán todos los decretos conducentes á la realización de estos planes. El Gobierno debería encargarse de la construcción de todos los edificios fiscales: hospitales, iglesias, escuelas, casas de administración para los Padres y para las Hermanas de Caridad etc., etc. Los ricos, y hay muchos enfermos que lo son, estarán obligados á mandar con tiempo edificar su propia casa; en cuanto á los más pobres para que no opongán dificultades ni hagan resistencia, se les dará casa conveniente. ¿Y cómo la harán si son pobres? Se la haréis vosotros, hermanos míos; ó mejor, se la harán otros en vuestro nombre, con el óbolo de vuestra caridad y generosidad. ¿Son sueños? ¿Es delirio? En gran parte os toca á vosotros procurar que no sea ni lo uno ni lo otro, ni sueños ni delirio; sino una hermosa realidad. Por de pronto os puedo decir que varios caballeros se me han presentado con este plan, que me parece magnífico.

Padre, me han dicho, si se da principio á la obra que usted ha proyectado, nosotros nos comprometemos á dar para esa grandiosa obra, mil pesos de ley cada uno; y

además, le aseguramos el concurso de á lo menos cien familias que darán la misma cantidad. Es decir que se tendría ya un fondo importante de cien mil pesos reunido tan sólo en la capital, para dar principio á la obra. ¿Es esto imposible, siquiera difícil? Nó, y seguro estoy de que con el concurso de todos, de los menos ricos, y de los pobres también, se podrá duplicar dicha cantidad en muy poco tiempo. Lo que importa es comenzar.

Convencidos; pero... y ¿quienes? ¿Quiénes se encargarán de la obra magna? Todos, hermanos míos, todos los colombianos; caballeros y señoras; niños y niñas; ancianos y jóvenes; ricos y pobres; sí, todos, sin ninguna excepción; el bien que va á resultar es general, y general debe ser la cooperación, aunque cueste un sacrificio.

No es esto, Padre, lo que queremos saber; perfectamente convencidos estamos que la cooperación de todos es indispensable y necesaria.

Lo que deseamos saber es quienes serán los directores que se encarguen de dar vida á la obra. Uno sólo no basta; esto es evidente; se requieren varios; muchos; ¿los habrá? ¿Y quienes serán? ¿Dices tiene Israel, y muy competentes; quiero decir que corresponde á las autoridades eclesiásticas y civiles decir la última palabra sobre este punto. No faltan aquí sacerdotes y religiosos, llenos de caridad y de celo que acepten la honrosa y difícil misión tan pronto como les sea confiada. Si la dirección cae sobre los hijos de Don Bosco, ellos están prontos; y si me es lícito hablar en su nombre, reclamo para ellos esta honra. Todos conocéis la misión de los hijos de Don Bosco; y cabe perfectamente en su esfera de acción la misión de los lazarinos. El sucesor de Don Bosco, el actual Superior de la familia salesiana, Don Miguel Rua, en época no muy remota ha prometido solemnemente al Representante de Colombia en Roma, Excelentísimo doctor D. Joaquín Vélez, enviar á Colombia á cuantos religiosos sean necesarios para dar vida al proyecto y sostenerlo. En una de sus últimas cartas es-

critas á Bogotá, lo aprobaba y bendecía, y nos animaba á dar principio á la grandiosa idea; el amigo y Padre de los lazarinos, el Padre Miguel Unia, también aprueba el proyecto, y lo cree realizable; el que os habla tiene de sus superiores de Turín todas las facultades para consagrarse exclusivamente á esta misión, y pasadas las fiestas de Nuestra Señora del Carmen, estará enteramente á disposición del público; y si llega el caso, cumplirá su promesa, y comenzará su viaje al través de toda la República, para pedir de pueblo en pueblo el óbolo de la caridad colombiana. Si este fuera el resultado de esta conferencia, antes de partir desearía hablaros otra vez, para dar mayor desarrollo á estas ideas y responder á las dificultades que se le puedan hacer. Mientras tanto, al público inteligente, ilustrado y caritativo de la capital yo confío el proyecto; á todos, sin distinción ni de opiniones religiosas ó políticas, yo lo recomiendo encarecidamente; estudiadlo, discutidlo, reformadlo también si lo juzgáis conveniente; lo que importa á todos es ver el modo de llegar á una solución satisfactoria y realizable. En particular lo confío á vosotros los hombres de ciencia y de letras, á los señores médicos y publicistas; prohijad este proyecto, hacedlo vuestro, y que vuestra opinión ilustrada llegue hasta los últimos confines de la República, para llenar de esperanza el corazón de todos los enfermos, y de caridad y de generosidad el corazón de todos los colombianos.

Mi última palabra debe ser para vosotras, beneméritas y virtuosas hermanas de la Sociedad de San Lázaro. Dios os bendiga por todo el bien que habéis hecho durante los cuatro años de existencia de vuestra querida Sociedad. Adelante con perseverancia; mucho habéis hecho yá, pero muchísimo más queda por hacer aún; ensanchad vuestra esfera de acción, aumentad vuestras filas; á ellas debe entrar todo colombiano cuyo corazón palpita de amor por la Religión y por la Patria. Vuestra obra es obra de redención por excelencia; no desmayéis por las dificultades que se presenten; recordad que toda

obra grande y santa debe llevar el sello divino, el sello de la contradicción y de la lucha; una vez pasada por el crisol de las pruebas entonces prospera y triunfa. Dios ciertamente os ha bendecido y os bendice, puesto que os ha bendecido y os bendice su Vicario en la tierra, el Sumo Pontífice León XIII.

La prueba la tenéis en ese tesoro de indulgencias parciales y plenarias que os ha enviado el año pasado. Sed todas entusiastas propagandistas del proyecto que acabo de anunciar; y con vuestras fervorosas y constantes oraciones, perfeccionad la obra que se proyecta. En nombre de Dios, en nombre de vuestros protegidos, los enfermos de "Agua de Dios;" en nombre de la Religión y de la Patria os doy á todos las más sentidas gracias. Y por todo lo que habéis hecho yá y por todo lo que se puede hacer en el porvenir, toda la gloria sea únicamente para Dios y la salvación de las almas.

Al mayorem Dei gloriam.

He dicho.



Abierta al mundo
Biblioteca Sala Patrimonial

UNIVERSIDAD
EAFIT

Abierta al mundo
Biblioteca Sala Patrimonial



BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001539387

Y
0041
1895